Año XIV JUEVES 15 DE DICIEMBRE DE 1904 Núm. 305

LA ACADEMIA CALASANCIA

ÓRGANO DE LA ACADEMIA CALASANCIA DE LAS ESCUELAS PÍAS DE BARCELONA

Fundador: Rdmo. P. Eduardo Llanas, escolapio

Consultor de la Sagrada Congregación Romana del Indice

Sección Oficial

* Binefar, 13, X, 1843
† Zaragoza, 14, VII, 1904

Acta de la sesión necrológica celebrada el dia 20 de Noviembre de 1904, en Memoria del Rdmo. P. EDUARDO LLANAS (q. e. p. d.) escolapio.

Se abrió la sesión bajo la presidencia del M. R. P. Antonio Mirats, Provincial de las Escuelas Pías de Cataluña, con asistencia de representantes de corporaciones oficiales y científicas, sociedades católicas, PP. escolapios, Junta Directiva de la Academia y una numerosa concurrencia que llenaba el capaz salón de actos del Real Colegio de San Antón, cuyo local se hallaba adornado con gusto y esplendidez bajo la inteligente dirección del revedo P. Luís Falguera, escolapio. En el testero y rodeado de una preciosa corona de crisantemas tejidas por los Rdas. MM. Escolapias, se destacaba el retrato del P. Llanas, ante el cual se había colocado un parterre de flores que se extendía por el estrado y daba origen á una serie de guirnaldas con las cuales se enlazaban artísticos plafones en los que campeaban lemas alusivos á la ilustre personalidad del sabio escolapio.

Abierta la sesión el infrascrito secretario dió lectura á la carta (I) que acababa de recibir la Calasancia del Rdmo. P. Prepósito General de las Escuelas Pías, ocupando, luego, la tribuna el presidente Dr. Parpal y Marqués, para explicar el homenaje que se iba á tributar al P. Llanas (II).

Los señores D. Emilio Bordas, D. José Moyá y D. Agustín

Costa ejecutaron en el violín, violoncello y piano respectivamente una hermosa composición de Grieg, leyendo luego el académico de número D. José Castany una poesía del P. Javier Santaeugenia, escolapio (**III**), y el honorario y ex-presidente D. Jaime Trabal y Martorell el discurso que se le había encomendado (**IV**)

El Rdo. D. Claudio Planell, Pbro., cantó con notable afinación y buen gusto, el «Cántico del Trapista» de Meyerbeer, acompañado al piano por el Rdo. D. José Tor, Pbro., y después de cantar otra pieza musical, ante las instancias del auditorio, el ex-presidente y académico honorario D. Juan Burgada y Juliá, presentó al P. Llanas considerado como apologista (**V**), recitando el de número don Agustín Culilla una poesía del P. Rafael Oliver, escolapio (**VI**).

Los mentados Sres. Bordas, Moyá y Costa interpretaron con suma maestría otra composición de Grieg y, al terminar, ocupó la tribuna el ex-presidente y académico honorario Dr. D. Casimiro Comas Domenech, el cual empezó por sentar la verdad de que los grandes acontecimientos y los grandes genios no pueden ser conocidos debidamente por sus contemporáneos. Así nos sucede, añadió con la grandeza del P. Llanas. Aquel polemista, incansable orador, escritor correcto, polígrafo insigne, apóstol de la verdad, y humilde siempre en medio de su grandeza que combatió con ardor todos los errores modernos, y contó entre sus glorias más preciadas la fundación de nuestra Academia.

Señaló el cariño que el P. Llanas profesó siempre al claustro y al nombre y hábito de Escolapio. Su saber profundo, dijo, constituyó un solemne mentís, contra los que sostienen que las órdenes religiosas son incompatibles con el progreso.

En sus escritos, continuó el Dr. Comas, se ocupó el P. Llanas de la importante cuestión obrera y encontró su solución en la catolización del pueblo. Terminó encareciendo la necesidad de que la Academia no se aparte jamás de las doctrinas sustentadas por su fundador.

El académico de número D. Antonio Bruna Danglad, recitó su poesía «Orfandad» (**VII**) y terminó la sesión con el canto del «Pietá signore» de Stradella, por el Rdo. Planell, acompañado al piano por el Pbro. Sr. Tor.

Todos los números que formaban el programa fueron aplaudidos y celebrados por el distinguido auditorio que se unió á la Academia en el tributo que dedicaba á su ilustre fundador.

Barcelona 3 Diciembre de 1904.

El Secretario,
EUGENIO NADAL Y CAMPS.

I.—CARTA DEL RDMO. P. PREPOSITO GENERAL DE LAS ESCUELAS PIAS

Respetable señor Presidente de la ACADEMIA CALASANCIA *de Barcelona, Dr. D. Cosme Parpal:*

Con fecha 3 de septiembre del corriente año recibí una correspondencia, en la cual V., en nombre propio y en el de la Junta Directiva y demás socios de esa Academia, no sólo me felicitaba por haber sido elegido Prepósito General de las Escuelas Pías, sino que también se ofrecía incondicionalmente á la Superioridad de la Orden Calasancia, adhiriéndose al mismo tiempo á los principios constitutivos de la misma. No satisfaría á la verdad á mi corazón, ni tampoco correspondería dignamente á la fina cortesía que conmigo han usado, si al darle á V , señor Presidente, á la Junta Directiva y demás socios las gracias, no hiciera constar, siquiera con pocas aunque sinceras palabras, el júbilo indecible que he experimentado cuantas veces llega hasta mí la noticia de las obras que ustedes llevan á cabo, ya sea en el campo científico-literario, ya sea en el terreno religioso, no menos que en cuanto tiene relación con la apologética y propaganda católicas.

El espíritu del fundador de esa Academia, el malogrado Reverendísimo P. Eduardo Llanas (Q. E. P. D.), vive todavía entre Vds., se halla en Vds. encarnado; el entusiasmo con que trabajan y los frutos que reportan por una parte, los testimonios de personas de alta categoría, que á mí han llegado, por otra, lo demuestran claramente. Las empresas que por la Religión y por la Patria asumidas hicieron célebre á aquel ilustre entre los ilustres Escolapios, perpetuarán también su Obra, la ACADEMIA CALASANCIA; y sus miembros emulando los ejemplos de los que les precedieron alcanzarán de seguro laureles inmortales.

Por esto es por lo que doy á V., señor Presidente, á la Junta Directiva y á todos los socios, mil parabienes y en nombre de las Escuelas Pías las gracias, augurándoles porvenir fausto y perdurable; mientras les mando á todos, cual hijos espirituales de San José de Calasanz, á quien indignamente represento, mi paternal bendición.

Dadas en Roma, á los 15 de noviembre de 1904.

ADOLFO BRATTINA, Prepósito general de las Escuelas Pías.—TOMÁS VIÑAS, Secretario General.—Reg. I, fol. 10.—*Hay un sello.* SR. D. COSME PARPAL, Presidente de la ACADEMIA CALASANCIA.

II.—NUESTRO HOMENAJE

por el Presidente de la Academia Dr. D. Cosme Parpal y Marqués.

El 14 del pasado Julio abrió el cielo sus puertas para recibir el alma de un justo que durmióse en la tierra, «como mue-

ren los santos, sin transmutación en el rostro, sin dibujarse en su cuerpo la imagen de la muerte.» Era el tránsito natural de la vida terrestre á la eterna, de quien vivió para Dios y con Dios murió, de quien se llamaba Padre Eduardo Llanas y con su virtud y saber personificó la Piedad y Letras, glorioso lema que escribió un día el gran Calasanz en el modesto frontispicio de su Escuela Pía, que abrazó, convencido de su excelencia, nuestro P. Llanas y que legó en vida á su hija predilecta la ACADEMIA CALASANCIA, preciosa herencia, que teme ésta perder porque ha muerto quien fué su fundador, su padre, su consejero.

Una dulce esperanza, sin embargo, nos alienta, nos fortifica, nos sostiene, una ráfaga de vivísima fe nos anima y la ardiente llama de un amor purísimo nos abrasa y esperando, creyendo y amando, miramos al cielo, buscamos su apoyo y nuestras almas, azotadas por el exterminador viento de la muerte, reciben vivificante rociada que las hacen reverdecer y vivir y sus primeros alientos son en busca de lo que es para ellas la vida buena, que hallan en la doctrina del maestro, como los primeros perfumes de los capullos que reviven, tras mortal ventolera, son para la planta que les nutre de savia. Son, uno y otro fenómeno, resultado del filial agradecimiento.

Nosotros encontramos en el P. Llanas ejemplo y enseñanzas. Adalid de la fe, campeón de la ciencia, soldado decidido y valiente en las batallas contra la impiedad y el error, sacerdote moderno, apóstol de la sana doctrina, perfecto escolapio nuestro Padre Llanas fué un hombre providencial que subió al púlpito para probar la perfecta harmonía entre la Verdad revelada y la Ciencia, que ocupó la tribuna para señalar la norma de conducta de los hombres, que buscó la prensa para humillar á los soberbios, confundir á los díscolos, convertir á los errados, alentar á los indecisos, enseñar á los ignorantes y dirigir á los buenos. Sufrió amarguras, jamás derrotas, recibió desprecios, mereció insidiosas calumnias en su obra, por quienes se veían desautorizados, pero el P. Llanas, sereno siempre, tranquilo en la lucha, humilde en las victorias, ja-

más dejó de ser quien era, el sabio, el santo, el dueño de sí mismo, con voluntad de hierro, el esclavo de la verdad, con inteligencia poco común.

Y cuando empezaba á gozar en paz de su triunfo, cuando muchos de los que le combatieron luego le siguieron, cuando su obra, aplaudida y aprobada por Roma, glorificada por los hechos, proclamaba la victoria, entonces el P. Llanas miró á la juventud, con más amor que nunca, como siempre acarició á la niñez en su misión de escolapio, creyó que ella debía ser una de las más importantes fuerzas del sacerdocio seglar, que santo y muy bueno era fuese religiosa y que la Piedad debía ser el fundamento de su educación, pero que debía adiestrársela para que con la palabra y con la pluma defendiese la Verdad, pudiese ser atleta de la Ciencia y de la Fe, que era preciso enderezarla y guiar en vida, y entonces fundó la Academia Calasancia y nos enseñó á discutir y batallar por escrito y verbalmente, nos mostró las armas propias de los católicos defensores de la Verdad, nos presentó el Vaticano como cátedra suprema de ésta y todos los académicos hemos visto en la vida del P. Llanas, la del capitán que manda. Aun cuando no fuese nuestro fundador, se me figura que dados los fines que perseguimos lo hubiéramos aclamado por jefe.

Y ahí tenéis explicado, señores, el motivo de esta sesión, el por qué de nuestro homenaje. Para cimentar el desarrollo de nuestras inteligencias y corazones, al empezar su existencia plena, nos llamó el P. Llanas á la Academia Calasancia y en ella nuestro maestro nos enseñó como por medio de la razón y de la fe, con la palabra y con la pluma habíamos de luchar en defensa de la Religión y de la Ciencia y practicar el glorioso lema calasancio «Piedad y Letras,» único que puso en nuestro reglamento, único que guía nuestros actos.

El P. Llanas dió su alma entera á nuestra corporación, con tanto cariño fundada y con amor protegida, y por esto al desaparecer el P. Llanas de entre los vivos terrestres para morar con quien es la Vida, nos parece que somos los guardianes de su Ciencia y Piedad, que la Academia es el arca santa que custodia su obra para difundirla y extenderla, y una vez

aprendidas por los académicos sus sabrosas enseñanzas, esparcir, luego, la semilla por toda la sociedad, que si el P. Llanas fué en extremo caritativo, la ACADEMIA CALASANCIA no puede ni debe ser egoísta. Jamás nos apartaremos de la doctrina de nuestro maestro; podremos sucumbir, nunca renegar de sus enseñanzas, ni adulterarlas.

No fuimos ingratos con nuestro P. Llanas y hoy debemos serlo menos, cuando la pena que sentimos agranda el cariño que le profesamos y el recuerdo que nos merece su memoria. Para enaltecerla formamos un precioso ramillete con las páginas de nuestra Revista, fundada también por el P. Llanas, al que honraron en el número extraordinario que á él dedicamos firmas ilustres en el Episcopado, en la cátedra, en las academias y en las publicaciones, la Ciencia y la Piedad por nuestro conducto rindieron pleito de homenaje al que en vida fué sabio y virtuoso. Hoy completamos aquel monumento con una sencilla corona tejida por los académicos. Vosotros, señores, os asociais á este homenaje de la pobre huerfanilla que llora al Padre. Que Dios os lo pague. La ACADEMIA CALASANCIA os lo agradece por medio de su Presidente que la Providencia ha hecho fuera en los momentos de angustia, tal vez, el menos apto, para abrir esta sesión tan solemne y que no hallando en su jardín flor bastante digna para colocarla sobre la tumba del P. Llanas, la pide al gran Aparisi y Guijarro y con él recuerda que «morir, para quien muere en Jesucristo, es aportar á las playas eternas, es dormirse entre los hombres para despertar entre los ángeles.» Con ellos mora el P. Llanas.

III--AL P. LLANAS

P. Llanas, nombre puro
Como el aire de los montes,
Nombre que en los horizontes
Del saber vuelas seguro,
Que has de ser en lo futuro
Más brillante aún que ahora;

Que si hoy eres aurora
De peregrino saber,
En adelante has de ser
Sol de luz deslumbradora.

—

Para cantar la valía
De tu mente excepcional
Yo quisiera otra igual
En talento y gallardía.
Si te encanta mi osadía
No son pretensiones vanas;
Pues en regiones hispanas
Para cantar tu grandeza
Basta decir con llaneza...
Basta decir... Padre Llanas.

—

Dejadme que lo repita:
Padre Llanas; su memoria
Como una visión de gloria
En mis ensueños se agita,
Tengo la palabra escrita
En el ser de mi conciencia,
Sus virtudes y su ciencia
Para el escolapio son
Vida de su corazón,
Faro de su inteligencia.

—

Apologista divino,
Con solo una conferencia,
Vierte raudales de ciencia
Tu talento peregrino;
En la Merced y en el Pino
La fama de tu persona
Tu prez tan alto pregona
Que yendo á oirte los sabios,
Pendiente está de tus labios
La ciudad de Barcelona.

—

Escritor de excelso vuelo,
El imán de tus virtudes
Atrae las multitudes
Por el camino del cielo;
Con prolongado desvelo
Tu inteligencia preclara

Magistralmente separa
La verdad de las penumbras:
Con tu mérito te encumbras
Donde nadie se encumbrara.

—

En legítima defensa
Con fuerza, denuedo y brío
Desciendes al estadio
Donde se agita la prensa.
Viendo allí con pena inmensa
La verdad en cautiverio
Bajo el ominoso imperio
De pasiones iracundas
Para libertarla fundas
El «Católico Criterio».

—

Atacando tu sistema
Existió rival caudillo
Que empañar intentó el brillo
De tu hermosa diadema;
Mas declaración suprema
Del Papa Rey soberano
Que del Indice Romano
Te proclama Consultor
Te devuelve el esplendor
Que empañó envidiosa mano;

—

Como el Papa no se engaña,
En secreto se gestiona
Darte episcopal corona
En premio de tu campaña,
Mas tu humildad, tamaña
Recompensa no consiente,
Herida en su ser se siente
Y el proyecto desbarata
Porque sabe que se trata
De mitrar tu excelsa frente.

—

No quieres otra librea
Que sotana calasancia
El enseñar á la infancia
Es tu constante tarea.
El laurel de la pelea
Pisa tu triunfante planta;

La victoria, tu hueste canta
Tú, solo aspiras incienso
De nubes de polvo denso
Que en la clase se levanta.

—

A la juventud querida
Consagras tu vida y prez
Sabes bien que la niñez
Fuera del Colegio olvida
La enseñanza recibida
Cuando la pasión apremia;
Porque, pues en triste anemia
Falta de ciencia y virtud
No muera la juventud
Concibes nuestra Academia.

—

La Academia, encarnación
De tu manera de obrar,
Hombres y niños al par
Todos los sus miembros son,
La Academia emanación
De tu colosal talento...
Es grandioso monumento
De artes, ciencia, poesía,
Es seglar Escuela Pía
Verbum de tu pensamiento.

—

Seguiremos tu doctrina
Mientras la Academia aliente
Desde el cielo aun tu frente
Nuestros pasos ilumina.
Gana en la mansión divina
De tus afanes prolijos;
Quedan tus consejos fijos
En tus alumnos cristianos
En la fe de tus hermanos
Y el cariño de tus hijos

—

Ahora en el cielo vive
Y descansa eternamente
Ya que no quiso tu mente
Descansar aquí. Recibe
El premio; mientras se escribe
En tu losa mortuoria

«Duerme en paz hombre de gloria
Duerme en paz hombre profundo
Ya que no puede en el mundo
Dormir nunca tu memoria».

JAVIER SANTAEUGENIA, S. P.

IV.—DISCURSO DE D. JAIME TRABAL Y MARTORELL

RDMO. Señor.

SEÑORES:

Hemos rogado á Dios por el eterno descanso del alma del Rdmo. P. Eduardo Llanas, del que fué fundador ilustre de esta Academia; hemos hecho constar la pena grande que á todos ha causado la muerte de varón tan eximio; hoy, al tratar de honrar su memoria, paréceme adecuado hacerlo, recordando algunas de las ideas por él mismo expuestas y defendidas, para que al propio tiempo recordemos sus triunfos y sus enseñanzas, y nos animemos más y más á seguir las sanas doctrinas que de él aprendimos.

En la imposibilidad en que me hallo, por falta de competencia y de tiempo, de presentar en este acto, aunque sólo fuese en resúmen, las principales ideas expuestas por el Rdmo. P. Llanas, en sus sermones, en sus conferencias, en sus libros, en revistas y diarios, y en general, en las varias manifestaciones de su actividad, pues estaba dotado de una inteligencia poderosísima, y brilló con luz muy viva en las principales esferas del saber, demostrando su gran competencia en todas ellas, no obstante la diversidad de materias; limitaréme á recordar, contando con vuestra benevolencia, que desde luego agradezco, algunas de las ideas expuestas por el Rdmo. P. Llanas, acerca el programa general de acción impuesto á los católicos por las necesidades de la época.

El P. Llanas lo sintetizó en la siguiente fórmula: mancomunidad de acción política de todos los católicos, para la defensa de la Iglesia y del orden social, bajo la direc-

ción suprema y efectiva de los señores Obispos, dentro de la legalidad establecida, y por los medios que ésta proporciona.

Y se fundó, al presentar la anterior fórmula, en que el Papa enseña taxativamente en las Encíclicas *Cum Multa*, *Inmortale Dei*, *Libertas* y *Sapientiæ Christianæ*, que la acción política de los católicos, debe regularse por los tres principios siguientes: 1.° Unión de todos los católicos, aunque pertenezcan á diversos partidos políticos; 2.° Subordinación de las fuerzas católicas á la dirección efectiva de los señores Obispos; y 3.° Acatamiento á la legalidad establecida y sumisión respetuosa á los poderes constituídos.

Ese programa de acción es de origen pontificio, porque la unión de todos los católicos y la dirección episcopal de la acción católico-política, y el respeto á la legalidad y poderes establecidos, han sido con insistencia, recomendados y preceptuados por León XIII, y si bien ha sido ese programa ócasión de luchas porfiadas; hoy por la misericordia de Dios, así la necesidad de la unión de los católicos para la defensa de la Iglesia, como el derecho de los Prelados á dirigir el movimiento católico, son por todos los católicos reconocidos; la divergencia de pareceres que existe es acerca de la aplicación del principio 3.°, esto es, del acatamiento debido á la legalidad y poderes constituídos. Establecido el acuerdo sobre este punto, todo quedaría remediado y tendríamos política católica.

Para desvanecer algunos reparos hechos sobre el particular, observemos con León XIII que «en el orden especulativo de las ideas, los católicos, como todo ciudadano, tienen plena libertad en la preferencia de una ú otra forma de Gobierno, en virtud precisamente de que ninguna de esas formas sociales se opone por sí misma á la sana razón ni á las máximas de la doctrina cristiana». Mas cuando una forma determinada de Gobierno, y hasta un orden particular de trasmisión de los poderes constituídos, han quedado establecidos en virtud de un conjunto de circunstancias históricas ó nacionales, «todos los individuos están

obligados á aceptar estos gobiernos, y á no conspirar para destruir ó cambiar su forma».

No incurramos en el error de la teoría de los hechos consumados de Cousin; condenada está tal teoría porque prescinde de la ley natural y de los derechos de la Iglesia.

León XIII proclamó la legitimidad de los poderes constituídos y aceptados, porque vió en los hechos sociales, que son definitivos y forman estado y dan asiento al orden y á la tranquilidad pública, otros tantos hechos providenciales.

Cuando los hechos consumados adquieren derecho de prescripción, y no antes, pueden ser reputados como hechos providenciales. Y porque los atentados contra el derecho natural y contra la soberanía de la Iglesia, no pueden prescribir, sino que introducen una perturbación moral que exige reparación y busca el equilibrio, jamás lograrán la categoría de hechos providenciales. Pero los cambios políticos que sufren las naciones, pueden terminar en un orden de cosas aceptable y aceptado; y así puede acaecer que los hechos consumados, lleguen por la prescripción y por las exigencias de pública tranquilidad á ser tenidos y acatados por hechos providenciales y fuentes de derecho y fundamento de legitimidad.

Permitido está que se busque y se trate de imponer ésta ó aquélla forma de Gobierno, durante los períodos constituyentes en la vida política de los pueblos; pero cerrado ese período, debe ser acatada la forma de gobierno preferida, deben ser respetados los poderes establecidos.

Esto no es desconocer la oportunidad y licitud de los partidos políticos que se propongan modificar las leyes vigentes, mejorando las defectuosas, anulando las anticatólicas, vigorizando las cristianas. Pueden y deben ser atacados los actos injustos de los poderes constituídos, las leyes injustas emanadas de esos poderes, pero no pueden serlo los poderes mismos, porque los ataques á esos poderes mantienen la perturbación en los ánimos, aflojan los vínculos sociales, debilitan el principio de autoridad, é im-

piden que la sociedad civil logre asiento definitivo y paz asegurada.

La doctrina escolástica que enseña que el poder viene inmediatamente de la sociedad, y mediatamente, esto es, por conducto de ella, viene de Dios, ha sido débilmente sostenida, por temor al principio liberal de la soberanía popular. Con todo, la doctrina escolástica y la liberal son perfectamente antitéticas. Según la primera, Dios que es el Autor de la sociedad, porque la ha hecho necesaria, quiere que la comunidad establezca una potestad que la dirija y promueva el bien común; y una vez establecida esta potestad, queda de hecho soberana, y actúa en nombre de la Providencia, y debe ser reconocida, respetada y obedecida por la comunidad que la invistió de la soberanía, después de haberse despojado de ella. Pero según la doctrina liberal, el pueblo delega parte de su soberanía en aquél ó en aquellos á quienes pone al frente de la sociedad, para que en nombre y representación de la comunidad dirijan según los poderes que se les han confiado, y que pueden serles retirados, puesto caso que la soberanía radica en el pueblo, que no se desprende de ella, al instituir las autoridades que han de regirlo como simples mandatarios.

Por donde se saca que el liberalismo es el naturalismo aplicado al régimen de los pueblos, es el ateísmo político, es la secularización de la sociedad civil, pues ni quiere proceder de Dios, ni quiere depender de Dios, ni quiere dirigirse á Dios. Pero la teoría de los hechos providenciales defendida por el Rdmo. P. Llanas, pone á Dios en los orígenes de la sociedad, llama á Dios para que consagre á los poderes sociales, considera á los jefes de los pueblos como representantes de la Divinidad, y niega que los pueblos se muevan al acaso, que sean impulsados por los esfuerzos y pasiones é intereses de los hombres, y antes bien, los contempla siguiendo el derrotero que con su cetro inmortal les traza Dios providentísimo. Esa acción directora de la Providencia se revela por un cúmulo de hechos nacionales y de acontecimientos históricos, que fijan el modo de ser de

las naciones, el cual viene á ser como el resultado de las tradiciones, de las ideas y sentimientos y costumbres reinantes y de las aspiraciones comunes.

La doctrina expuesta reconoce y afirma el origen providencial de los poderes civiles; pero no canoniza los actos de estos poderes emanados; reconoce en la nación el derecho de organizarse según la forma de Gobierno que crea más oportuna y conveniente; pero le niega el derecho de regirse en oposición á las leyes morales y á los derechos y libertades de la Iglesia.

A la luz de las enseñanzas del Rdmo. P. Llanas, que hemos recordado y reproducido, sacadas de la doctrina de la Iglesia, procuremos de nuestra parte hacer lo posible para llevar á la práctica el programa general de acción impuesto á los católicos por las necesidades de la época, sintetizado por el P. Llanas en la fórmula que hemos copiado: mancomunidad de acción política de todos los católicos para la defensa de la Iglesia y del orden social, bajo la dirección suprema y efectiva de los señores Obispos, dentro de la legalidad establecida y por los medios que ésta proporciona.

Nuestros adversarios nos dan ejemplo de la eficacia grandísima de la unión. Discordes en sistemas políticos, en tendencias sociales, por carácter, por ambición, etc., se unen en su odio al catolicismo. Unanos á nosotros el amor. No se diga, como observa Quadrado, que el error que divide, que disuelve, que suscita choques y conflictos, es más solícito y poderoso en su propaganda que el ascendiente benéfico, expansivo y armonizador de la verdad.

Dentro de la Iglesia, y derivando de la misma todo su vigor y eficacia, recibiendo de ella su sanción, se han constituído diferentes asociaciones contra la guerra que se hace á la fe y á los sentimientos católicos, una de ellas la ACADEMIA CALASANCIA, fundada por el Rdmo. P. Llanas; procuremos que se ingrese en las filas de estas asociaciones, aumentemos los núcleos de defensa y propaganda de la verdad católica; unamos nuestros esfuerzos aislados y

nuestras campañas colectivas, y así unidos combatamos decididamente contra el error y la impiedad, y en pro de la verdad y del reinado social de Jesucristo, y nuestro poder será grande.

La indiferencia cunde, el racionalismo invade la ciencia, la impiedad corrompe las costumbres, grandes muchedumbres tienen trastornada su cabeza por delirantes utopias; alejado de su corazón el sentimiento religioso, anidan odios y rencores, que algunas veces se traducen en actos destructores y sangrientos.

Es necesario que no omitamos ocasión de combatir la indiferencia, el error, la impiedad; de vigorizar el sentimiento religioso y de procurar que la Caridad reine en todos los corazones, informe todos nuestros actos, y que la misma no se quite de nuestras almas.

Fortifiquemos la fe en el combate. Dios nos ha impuesto la obligación de combatir, no de triunfar; en su mano soberana está negar ó conceder la victoria, según convenga; galardón hermosísimo promete á los que pelearen legítimamente pero no siempre en esta vida, sino las más veces en la inmortal, donde piadosamente es de creer que lo habrá recibido muy grande nuestro Rdmo. P. Llanas. A combatir, pues, decididamente por la libertad de la Iglesia, por la propagación de la doctrina católica en todas las esferas, para nuestra salvación y la de nuestros semejantes. Como dice Quadrado, hijos somos todos ya que no ministros de la Iglesia; deber es de los que vivimos en el mundo desagraviarla de los ultrajes del mundo.

Oremos y trabajemos, con denuedo, asociando y uniendo nuestros esfuerzos y oraciones, y alimentemos la más cierta esperanza y la mayor confianza, como decía que alimentaba el gran Pontífice Pío IX de que la misma beatísima Virgen se dignará hacer con su valiosísimo patrocinio, que alejadas todas las dificultades y extirpados todos los errores, la Santa Madre Iglesia católica prospere y florezca en todos los pueblos y naciones, y reine de uno á otro mar, y hasta los confines de la tierra, y goce de completa

paz, tranquilidad y libertad, para que los pecadores alcancemos perdón, salud los enfermos, ánimo los pusilámines, consuelo los afligidos y amparo los que peligramos, y todos los extraviados vuelvan al sendero de la verdad y de la justicia, disipándose las tinieblas que ofuscan su mente, y no haya más de un sólo redil y un sólo Pastor.

Y especialmente en estas fiestas que se celebran en conmemoración del quincuagésimo aniversario de la definición dogmática de la Concepción Inmaculada de la Virgen María, de Aquella que comunica fuego á las huestes de Israel y aplaca la cólera del enemigo, trabajemos todos por la Inmaculada, y quiera el Señor oir en este año jubilar, como dice el Papa, las súplicas que le dirijan los fieles, poniendo por intercesora á María Inmaculada, llamada por la Trinidad Augustísima á participar en todos los misterios de la misericordia y el amor, y constituída en dispensadora de todas las gracias.

HE DICHO.

V.--EL P. LLANAS, CONSIDERADO COMO APOLOGISTA

Al pretender indagar la filiación religiosa y científica del P. Llanas, nos encontramos con que fué ante todo y sobre todo discípulo entusiasta de San José de Calasanz, cuya misión continuó fidelísimamente durante su vida de escolapio, ya como profesor, ya como superior general de la benemérita Orden que abrazó en su primera adolescencia. Infatigable en el magisterio, competentísimo en todas las materias de enseñanza y amante de los niños hasta el exceso—si exceso puede caber en el cariño que se profese á aquellos de quienes Cristo Jesús hizo la porción predilecta de la humanidad,—nuestro llorado Maestro, con haber brillado en tantos aspectos de lo que pudiéramos llamar actividad anímica, fué pre-

ferentemente un escolapio en la más genuina, amplia y elevada significación de esta palabra.

Pero estudiándole bajo aquellos aspectos por los cuales rebasó su nombre las lindes del claustro; completando su personalidad como propagandista ardentísimo de la Fe y como cultivador eminente de la Ciencia; considerándole como hombre público, vemos que su filiación vase retrotrayendo en el curso de los tiempos, y mediante una atenta observación podremos contemplar cómo arranca de las primeras épocas del Cristianismo. Yo la encuentro en San Pablo.

Tal vez sin pretenderlo el discípulo, halló en el Apóstol de las gentes su mejor maestro—el más adecuado á sus aptitudes, á su manera de ser—en la ciencia que conduce á Jesucristo, haciendo que ante el Maestro divino se postren las multitudes.

Por su laboriosidad constante, por la fogosidad de su temperamento, por su gallardía en aceptar la lucha donde quiera que se le presentara, por el tino y habilidad con que echaba mano de los más recónditos recursos de que podía disponer para la defensa y propagación de la verdad cristiana y por la admirable ductilidad de sus facultades, de San Pablo, que con tanto éxito peroró y escribió, pudo decir Windsthort, el fundador del Centro alemán, que de haber nacido en nuestro tiempo hubiera sido periodista.

El P. Llanas hízose cargo cumplidamente de esta misión del apologista cristiano en la época presente; y así es cómo á pesar de sus ruidosos triunfos en el púlpito y en la cátedra, mostró siempre nuestro ilustre Fundador insuperable predilección por el periodismo como paleñque de la lucha y el más abonado campo para la propaganda. Y aquí es donde principalmente encontramos lo que en el lenguaje literario moderno podemos llamar aquellas afinidades de temperamento, la simultaneidad en la educación intelectual y religiosa, que observadas en el discípulo denuncían desde luego al maestro. Como en éste, la reflexión es reposada, cuanto es activa y varia la propaganda; profundas é inconmovibles las convicciones, sin menoscabo de la prudencia que facilita el

éxito de las campañas; alta la mirada cuanto amplios los horizontes, sin perder de vista el único norte de todos sus anhelos, como pretendiendo que presidieran á la humanidad unas mismas ideas y un sólo sentimiento; enérgicos contra el error, cuanto caritativos con sus semejantes, á quienes llamaban á la comunión de Cristo, sin pararse en su procedencia, porque á toda la humanidad confundían en un mismo amor; fuertes en las adversidades que su apostolado les acarreara, hasta el punto de que San Pablo pudiera decir—como si ello hubiera de servir de enseñanza para sus discípulos—que no pudo contar ni aún con sus propios hermanos; y ambos constantes, indomables, en su aversión al fariseismo, que ha sido en todos los tiempos el enemigo solapado de las buenas causas.

A Cristo crucificado predicó San Pablo por las diversas partes del mundo á la sazón conocidas. A Cristo predicó y por Cristo combatió el P. Llanas en uno y otro hemisferio.

Su prolija labor tuvo este doble aspecto: la enseñanza, la lucha. Apenas iniciado en el sacerdocio y cuando empezaba á dar frutos su magisterio, vémosle bajar al palenque en las que fueron posesiones españolas del mar de las Antillas y librar ruda batalla contra el apóstata Poyatos hasta reducirle al silencio; y más tarde publica su libro *El Espiritismo,* debelador de esta secta, y cuyas tiradas agotáronse rápidamente, acrecentando con el renombre la autoridad del autor. Esta, podemos decir, fué campaña de eliminación, de expurgo de los errores, como lo fueron sus notables artículos sobre El Pontificado y la masonería, su polémica acerca del alcance del hipnotismo y otros muchos trabajos en que juzgando los acontecimientos de actualidad, daba realce á todo lo que llevaba en sí el germen de lo verdadero, combatiendo sin tregua el error y la perfidia.

Cristo Nuestro Señor fué el soberano objetivo á que encaminó el P. Llanas sus vastos trabajos. Los cinco tomos de las *Conferencias* que tan alto colocaron su nombre como teólogo y como cultivador de la Ciencia moderna, bastan para comprobar esta verdad. En una de ellas, la primera de la última

serie, resumió el insigne apologista el pensamiento supremo de toda su vida. «Para mí, señores,—decía—la idea de un Dios Creador del Universo envuelve necesariamente la idea de un Dios Redentor y Restaurador del humano linaje. No puedo concebir á Dios estableciendo el orden natural, sin concebir al mismo tiempo á Jesucristo estableciendo el orden sobrenatural.» Y confirmando y aclarando el mismo pensamiento, añadía que Dios creó el Universo, porque el Verbo eterno debía encarnarse; el Verbo eterno se encarnó, porque debía establecer el orden sobrenatural; el orden sobrenatural era necesario para que el hombre pudiera realizar dignamente los planes del Creador.

Con lucidez admirable apoyaba su aserto en las enseñanzas reveladas, pasando después á demostrar cómo éstas coinciden con las científicas, desde la formación de la nebulosa primitiva según la hipótesis moderna más autorizada, hasta la hecatombe postrera de los mundos, producida por un cataclismo ígneo dimanante de la completa transformación de la energía potencial en energía cinética; pasando por las múltiples cuestiones acerca de la formación geológica, la aparición de la vida y el origen del lenguaje. Plan grandiosísimo en cuyo desarrollo se observa cómo las evoluciones cosmogónicas tienen su finalidad en la formación geológica, y las evoluciones geológicas tienen por objeto preparar la aparición de la vida, así como la aparición de las sucesivas especies no tenía otro fin que modificar las condiciones térmicas, atmosféricas y biológicas del planeta en las diversas edades, hasta llegar á aquella en que fuera posible y conveniente la existencia del hombre. De suerte que todo el universo visible termina en el hombre, pero á su vez el universo y el hombre terminan en Dios por la mediación de Jesucristo, el Hombre Dios, que muriendo en la Cruz satisfizo por las transgresiones del linaje humano, y fundando la Iglesia asoció la humanidad á sus méritos infinitos. Por donde el hombre redimido es superior al hombre paradisíaco, por cuanto asociándose á la Iglesia, que es continuación de la vida de Cristo entre los hombres, apropiase los merecimientos del Salvador y puede dar al Eterno

un culto digno de su majestad soberana, como no podía dárselo el hombre en su primitivo estado de inocencia, porque entonces no podía ostentar los méritos infinitos del Hombre Dios. Y como el fin de todas las operaciones divinas es siempre el honor y la gloria de Dios, y como el honor que el Creador debía reportar de la creación por conducto del hombre debía recibirlo, y como la única manera de que el hombre pudiera tributar á su Creador un homenaje digno de la Majestad infinita consistía en la encarnación del Verbo y en merecer la institución de la Iglesia con el sacrificio del Redentor en la Cruz, de aquí que Jesucristo sea la finalidad suprema de todo lo creado y en él tengan explicación todos los actos del Creador, los enigmas del Universo y las vicisitudes del linaje humano, encontrándose en su sacratísima persona hermanadas todas las conclusiones de la ciencia y la razón suficiente de nuestra fe, confirmándose en todos los órdenes del pensamiento humano aquella sublime frase del Símbolo de los Apóstoles: *Per Quem omnia facta sunt.*

Así, con elevada filosofía, demostraba el P. Llanas en sus *Conferencias* la armonía entre el plan divino y las lucubraciones humanas; así confirmaba, á la faz de doctísimos auditorios, la enseñanza de San Pablo, quien aseguraba que «las cosas invisibles de Dios pueden ser conocidas racionalmente con el estudio de las cosas creadas», y la conclusión establecida por el Concilio Vaticano de que no puede haber discrepancia alguna entre la Religión y la Ciencia. Así en su portentoso libro *El Diluvio*, donde demuestra que la genuina interpretación del texto bíblico coincide con los últimos descubrimientos de las ciencias geológica y paleontológica, en las cuales se muestra competentísimo; y así en su otro libro de vulgarización científica titulado *Los seis dias de la Creación*. Y cuando entra de lleno en la consideración del orden sobrenatural establecido por Jesucristo y del que es depositaria su Iglesia santa, entonces es cuando se eleva inconmensurablemente hasta producir aquella grande obra, nunca suficientemente ponderada, que lleva por título *Idea de la verdadera Religión*.

*
* *

A pesar de la brevedad que me impone el objeto de estos párrafos necrológicos, no puedo pasar por alto el mencionar, siquiera muy someramente, una de las fases de la vida del P. Llanas en que más saliente apareció la personalidad de este insigne propagandista de la Fe. Me refiero á su decisiva intervención en las polémicas suscitadas años atrás entre los católicos españoles; intervención que, no por haber sido muy discutida—y tal vez con mayor motivo por esto mismo—deja de enaltecerle en gran manera como apologista de la Iglesia, ya que la doctrina por él sustentada tuvo confirmación cumplidísima en las encíclicas y alocuciones de S. S. León XIII.

Refieren los biógrafos de San Pablo que habiendo querido condenarle los judíos en Jerusalén, el santo Apóstol apeló al César; como dando á entender—dice un comentarista del siglo XVII—que debía reconocerse en sus atribuciones á la potestad temporal, aún cuando ésta fuera usurpadora del poder de los pueblos, como eran los césares, y aun cuando el César fuera un hombre tan repugnante como Nerón. Sabido es también que predicando San Pablo el bautismo, oponíase á la circuncisión de los gentiles conversos, lo cual le valió el ser acusado por los judaizantes de enemigo de la ley y de los circuncisos, á pesar de que el mismo Apóstol hizo circuncidar á uno de sus discípulos, porque era judío; y fué necesario que el gran Predicador del Cristianismo hiciera una representación á San Pedro para evitar un cisma á la naciente Iglesia.

Salvando la natural distancia, hallo aquí una gran enseñanza para la presente tarea biográfica, enseñanza que me ahorrará enojosas disquisiciones sobre punto por su misma índole sobradamente delicado.

Existía en España una escuela política que pretendía reivindicar para sí la exclusiva representación de la Iglesia de Cristo. El P. Llanas, escritor católico, apologista infatigable, y entusiasta defensor de los derechos de esa misma Iglesia, recabó para ella, con indomable tesón, la independencia que le es debida, como quien se cierne sobre todas las escuelas y agrupaciones de bandería, é hizo un llamamiento á la unión

de los católicos sobre la base de la legalidad constituída. Entonces fué cuando se le acusó de enemigo del tradicionalismo, revistiendo la acusación todos los caracteres de la calumnia.

No; el P. Llanas no fué enemigo del tradicionalismo; aceptó los poderes constituídos, por los mismos motivos que San Pablo apeló al César; y no quiso excluir á determinada escuela, sino impedir que ésta excluyera de la Iglesia á las demás (1). Como San Pablo quería la conversión de los gentiles á la Iglesia, sin someterlos á prácticas ya caducadas de la ley antigua, sostenía el P. Llanas que se podía ser católico sin recabar patente del tradicionalismo, lo cual no era combatir á éste sino reducirle á su propia esfera de acción, que nada tenía que ver con la misión augusta de la Iglesia Católica.

También fué necesaria una representación del ilustre apologista ante el Vicario de Jesucristo, la cual realizó en aquella notable *Exposición* que suscribieron los más eminentes escritores católicos españoles; y la respuesta del Pontífice, sus posteriores declaraciones y sus augustas enseñanzas vinieron en confirmación de la doctrina sustentada por el P. Llanas, con tal eficacia que actualmente son numerosos los que habiendo sido en un principio sus adversarios, la defienden con el mayor encarecimiento. La historia podrá decir en su día si la mayor gloria de nuestro insigne Maestro consistió en prevenir y sofocar los conatos de cisma que en tiempos que á Dios gracias pasaron, amenazaban con perturbar las conciencias en España.

*
* *

Tal fué el llorado Maestro, el gran apologista que por su sabiduría y ortodoxia mereció ser elevado al cargo de Consultor de la Sagrada Congregación romana del Indice. A su ardentísima fe unió una vasta ciencia con la que ilustró á las multitudes en las verdades eternas.

Llorámosle muerto, y bien le lloramos, que nunca le lloraremos bastante. Pero entiéndase bien que de entre nosotros no todo ha desaparecido con él. Queda su obra, que debe ser

(1) Véase su magistral obra *¿Es pecado el Liberalismo?*

continuada eficazmente, porque lo reclaman su misma trascendencia, la mayor gloria de la Iglesia y las necesidades de los tiempos. Para eso estamos nosotros, para continuarla, propagarla y defenderla si necesario fuese. La Academia Calasancia, fundada, educada, ilustrada y enaltecida por el Padre Llanas, recoge en herencia la doctrina del gran Maestro y contrae el deber estricto de hacerla prevalecer, á la mayor gloria de Jesucristo y en bien de la Iglesia. El día que nuestra Academia se separase de la senda trazada por el P. Llanas, habría fracasado y ya no tendría derecho á la existencia. En nuestro poder se hallan la tribuna y el periódico; y en montón hacinados, los tesoros que nos legara el Maestro. Si no sabemos conservarlos, culpa nuestra será, no de otro alguno. Si llegamos á estimarlos en lo que valen, habremos cumplido un deber de gratitud para con el que nos amó hasta el último día.

¡Descanse en paz!

JUAN BURGADA Y JULIÁ.

VI.—SOBRE LA TUMBA DEL P. LLANAS

No temas, Tú, que meditas
en el seno de esa tumba,
que mi voz que en torno zumba
desvanezca tu atención;
sólo quiero cerciorarme
de si es verdad que reposa
bajo esa fúnebre losa
sin vida tu corazón.

Cierto: el dedo macilento
de la Muerte te ha tocado
é impasible te ha abismado
en esa tumba fatal,
donde en un sueño tranquilo,
con esperanza sincera,
aguardas de la hora postrera
la tremebunda señal.

Duerme; que bien se merece
un reposo bendecido

quien como tú ha combatido
con admirable valor;
quien como tú en cien batallas,
sin desmayar un momento,
luchó con raro ardimiento
por la gloria del Señor.
Descansa, atleta temible
en la palestra candente,
duerme, sabio, en cuya frente
brilló del Genio la luz;
descansa do tus fatigas,
y arrebujado en tu gloria,
sueña sueños de victoria
á la sombra de la cruz.
Y en tu retiro sagrado
no temas á manos crueles
que te roben los laureles
que en torno la tumba están;
que el mundo que admiró un día
de tu ciencia la bravura,
velará tu sepultura
con agradecido afán.
Y este ejército aguerrido
de corazones creyentes,
de almas nobles y valientes
que de tus pasos va en pos;
de tus mortales despojos
el dulce sueño velando,
guardia de honor te irá dando,
encomendándote á Dios.
Duerme en paz: cabe tu losa
que cobija el ángel bueno,
el tiempo pasa sereno,
sin torturador afán,
y con aspecto tranquilo
que dulce esperanza encierra,
rozando apenas la tierra
las horas volando van.
Duerme en paz: y si en tu sueño
percibes débil murmullo
semejante al suave arrullo
de agua y viento en derredor;
no temas; será el zumbido

de fervientes oraciones
que por tí esos corazones
elevarán al Señor.
Quizás en las altas horas
de la noche tenebrosa
una llama sulfurosa
de tu tumba se alzará,
y con mil muecas horribles
haciendo pasto en la hiedra,
tu duro lecho de piedra
caprichosa lamerá.
La conoces: es la llama
que te siguió fementida
mientras tu preclara vida
deshilvanándose fué;
ella surgía á tus pasos,
y jugando ante tus ojos
más de una vez te dió enojos
sin adivinar para qué.
Que un fuego fatuo es la gloria
que ilumina un claro nombre,
como es fuego fatuo el hombre
que la vé con ilusión;
llama falaz que se apaga
cuando la humana pupila
la contempla cómo oscila
con placer del corazón.
¡Tu gloria! pasó cual rayo
tu existencia en este mundo;
tu genio siempre fecundo
con luz mágica brilló;
mas el rayo de la gloria
que circundara tu frente
hoy es luz fosforescente,
y mañana... ¡qué se yo!
¿Será tu nombre preclaro
repetido con respeto
por este mundo inquieto
que hoy olvida lo de ayer?
¿serán tus obras leídas?
¿será orgullo tu memoria
de los que cifran su gloria
en la virtud y el saber?

Tus luchas siempre gigantes
que robaron tu reposo,
tus hazañas de coloso,
de sabio tu vista audaz,
¿serán estímulo noble
de venideras edades?
¿de indomables voluntades
serán ejemplo eficaz?
No lo sé: sólo recuerdo
que es una vana quimera
esa gloria pasajera
que circunda nuestra sién;
sólo sé que cuando el hombre
busca la gloria anhelante,
suele llegar jadeante
á recoger un desdén.
Sólo sé que tu alma noble
y tu corazón de niño
de los hombres el cariño
nunca supo mendigar:
¿para qué? si donde quiera
te animaba la victoria?
¿si sus páginas la Historia
con tu nombre quiso honrar?
¡Ah! no te fíes del mundo,
que es un niño atolondrado,
que olvida pronto lo amado,
que ama y odía sin querer;
que un día en su fetichismo
adora un ídolo vano
y al otro día, inhumano,
reniega de su poder.
No sientas, pues, que te olviden
los que un día te ensalzaron,
los que un día te cantaron
un himno de admiración;
que aquellos cantos sin vida
y aquella alabanza loca
se formaban en la boca
sin saberlo el corazón.
Mas nosotros Padre amado,
que tu virtud conocimos,
nosotros que en tí tuvimos.

un guía y un preceptor;
venimos hoy á tu tumba
á depositar en ella
una corona muy bella:
la corona del amor.
Quiera Dios que con su aliento
no la marchite el olvido;
que los que hemos hoy venido
á tu sepulcro á llorar,
guardemos en nuestro pecho
siempre vivas y lozanas
las virtudes soberanas
que en él lograste plantar.
Duerme en paz: duerme tranquilo
en tu mansión funeraria,
mientras ferviente plegaria
vuela al trono de la luz;
mientras contando las horas
el tiempo pasa sereno
mientras vela el ángel bueno
tu sueño junto á la Cruz.

RAFAEL OLIVER, Escolapio.

VII.—ORFANDAD

EN LA MUERTE DEL P. LLANAS

Tomo la lira que hace tiempo duerme
En el tranquilo sueño del olvido
Y un inspirado canto yo le pido
Para aquel genio que reposa inerme.
Tomo la lira... púlsola con brío,
Y arranco de ella solo
Un canto triste de nostalgia y dolo
Como ella amargo, cual la muerte frío,
¿Por qué será que el ánimo se apoca
Y en vez de ser mi acento
Enérgico y bravío
Cual su elocuencia que mi mente evoca
Resulta el canto mío
Helado como el viento
Que en Otoño entristece cuanto toca?

¿Por qué, oh Dios, á quien mi mente invoca
De animar á sus hijos no hallo el modo
Como otro tiempo lo animaba todo
La perenne sonrisa de su boca?
Es que la muerte cruel y despiadada
Dejó en mi alma por su daga impresa
Una herida que no la cura nada
Y se agrava con toda otra emoción
Alegre ó de tristeza:
¡Que no hay quien borre, no, del corazón
De una madre la imagen adorada!

—

¡Oh Parca cruel; ya te has regocijado!
¡Huérfano soy; mi madre te has llevado!
Y si la pena que amargó mi alma
Cuando la ví expirar entre mis brazos
Dejó mi corazón hecho pedazos,
Otras penas de huérfano he pasado...,
Mas súfrolas con calma
Porque mi fe me muestra allá en el cielo
A otra Madre tierna y amorosa
Que prodiga consuelo
Y enjuga nuestro llanto cariñosa.

—

También ¡oh Parca! tu mortal guadaña
Que de segar no para ni un instante
Con ciega y torpe saña
Hace que contra tí, hoy se levante
De otros cien tristes huérfanos la queja:
¡Que el P. Llanas muchos hijos deja
De su sabiduría,
Llorando su orfandad cual yo la mía!
Mas no te ufanes de tu hazaña loca
Que aunque sellaste su elocuente boca
Con una losa fría
Aún alienta su espíritu á sus hijos
Y en él siempre tendrán sus ojos fijos
¡Que no es posible logre tu osadía
Hacer morir al que inmortal moría!

—

Aún resuenan las bóvedas sagradas
De nuestros templos bellos
Donde su voz se oyó; aún los destellos

De su ciencia y virtudes admiradas
Hasta de los impíos
La mente de sus hijos iluminan,
Y no podrán tus bríos
Borrar sus obras en que se adoctrinan.

—

Aún recuerda la América fecunda
Que de la chusma inmunda
De los herejes, que en la gran Antilla
La fe pisoteaba
Valiente la libró; aún maravilla
El constante tesón con que luchaba
Defendiendo de Cristo las verdades,
Y como su talento refutaba
De la ciencia sin Dios las vaciedades.

—

Aún palpita en sus obras de coloso
Su genio, que sembrando
Por doquiera que fué buena semilla
De una á otra orilla
De Atlante proceloso
Ni un momento buscara de reposo:
Porque Dios proveyó cual Padre amante
A su cuerpo mortal de alma gigante.

—

Ver que el nombre se pierda en el olvido
De este sabio maestro tan querido
La muerte con el tiempo conjurada
No han de lograr, con su tenaz constancia,
Que está en ello la honra más preciada
De su hija la Academia Calasancia.

—

Yo bien quisiera al recordar su gloria
Consolar á su hija predilecta
Del dolor que la afecta,
Mas su inmortal memoria,
A quien mi pobre lira indigna canta,
Consignará la historia
Con la inscripción que el ánimo levanta:
«Grande su vida fué, su muerte, santa».

Antonio Bruna Danglad

Carta de D. A. Pidal

Se ha recibido la siguiente que gustosamente publicamos:

Sres. D. Cosme Parpal, D. Casimiro Comas, D. Juan Burgada y Juliá y D. Antonio Bruna y Danglad

Muy señores míos: Con el mayor gusto hubiera complacido á ustedes en la invitación que se sirvieron hacerme, para que enviase un artículo con destino al número extraordinario de la ACADEMIA CALASANCIA, dedicado á honrar la memoria del P. Llanas (q. s. g. h); pero en los días en que llegó á mis manos aquella invitación me encontraba enfermo y cuando ya algo mejorado hubiera podido enviarles el trabajo pedido, había transcurrido con exceso el plazo que me señalaban.

Siento mucho no haberles complacido y no haber podido rendir ese homenaje á varón tan virtuoso y á quien tanto estimé.

De Vds. con este motivo me ofrezco como affmo. s. s. q. l. b. l. m.,

A. PIDAL.

Noviembre de 1904.

NOTAS DE ARTE

En el Salón Parés

Causa verdadero placer contemplar la continuidad de exposiciones que se celebran en el Salón Parés.

He aquí los principales artistas que desde mi última revista, á él han concurrido.

Alejandro Cabanyes con veinte cuadros al óleo. El color, la luz y en particular los vivos resplandores del sol cuando su intensidad ciega la vista, es el tema predilecto de sus lienzos, su inspiración fervorosa y el asunto mejor tratado tanto para el simple curioso como para el escropuloso observador.

Los lienzos números 10, 11, 12, 13, «Tot daurat» y «Cirerers a la tardor» son ejecutados con valentía y su impresionismo aunque exasperado posee fragmentos recomendables.

Sin embargo, en sus obras, predominan los efectos de dureza, el derroche de empastes y cierta monotomía que sería conveniente desterrara de su paleta.

Triadó, con una hermosa colección de dibujos para la ilustración de un libro de J. Pin y Soler, titulado «Sonets d'

uns y altres». Trátase de un artista sobradamente conocido y celebrado en nuestra patria y fuera de ella y por lo tanto huelga decir que sus trabajos son verdaderamente notables, formando un dechado de arte decorativo, exento de lunares.

La señorita Texidor con varios estudios de flores á la acuarela. Distinguese estos trabajos por la espontaneidad con que son ejecutados; habilidad exclusiva de la artista al tratar estos asuntos. Sólo en la composición de los ramos se advierte algún descuido de fácil corrección. Los estudios de cardos, rosas y claveles resultan hermosos.

Joaquín Renart, con varios *ex-libris* para conocidas personas de esta capital. La valentía con que resuelve los asuntos la belleza en la composición; la seguridad en la línea; la técnica debidamente ajustada á los temas escogidos, y el acierto en la distribución de las manchas, es cuanto se descubre en sus trabajos, verdaderamente recomendables. En los *ex-libris* de Renart no se hallan las extravagancias en que con frecuencia incurren en la mayoría de los artistas que se dedican á este género de producciones.

Bradinas y Escudé, con algunos paisajes que á simple vista parecen estudios puntillistas. Son hechos con lápices de color imborrable que dan al asunto cierta tonalidad poco agradable. En general están bien dibujados, justos de colorido y muy detallados en la ejecución.

JUAN GÜELL Y FERRER.

POESIA ...

Jo m' hi vaig enamorar
una bella matinada,
plena d' aire y de claror
de dolçor y de besadas.
N' era hermosa, com un raig
de la llum qu' el sol feconda,
blanca n' era com l' escuma
que en la mar cantant es gronxa.
Sas cansons eran amor,

sas paraulas armonía,
si sos ulls daban consól,
el no veurels, melangía.
Presoner en son encís
ja mon cor va ser per ella;
catius eran mos sentits
y Senyora, sa bellesa.
Ella, daba al llavi ardent
la paraula somiada,
ella daba al pensament
nova força y vida y sava.
Y ab un raig de lo eternal
y un esquix de sabiesa,
inflamaba mos cantars,
plens de dol y de tristesa.
D' allavons jo l' hi estimada,
es la verge que m' inspira,
es l' alé de mas canturias,
y la llum que m' illumina.
Es el fiat misteriós
que fa exir, la criatura,
l' esperit de lo grandiós,
la virtut y la hermosura;
es lo inmens, en el sofrir,
lo infinit, en la fermesa,
lo eternal, en el fruir,
lo sublim, en a bellesa;
Es la llum y la dolçor,
es la gloria y l' alegría,
la hermosura y el amor...
es la Santa Poesía...

. . . . . .

. . . . . .

Jo m' hi vaig enamorar
una bella matinada
plena d' aire y de claror,
de dolçor y de besadas...

. . . . . .

JOAQUIM M.ª DE NADAL

Imprenta de la Casa Provincial de Caridad.—Calle de Montealegre, núm. 5.—Barcelona